

BORDAR LA MEMORIA DEL TEMBLOR

Sandra Lorenzano*

Abstract

El 19 de septiembre de 1985 algo cambió para siempre en la vida de los habitantes de la Ciudad de México. Entre escombros, llanto y miedo, la gente descubrió su propio rostro solidario, su energía a prueba de gobernantes ineptos, su generosidad en medio de la muerte y el horror. Desde los versos de José Emilio Pacheco y David Huerta, y los reportajes de Poniatowska, Cristina Pacheco, y el extrañado Monsiváis, a los bebés que pelearon por su vida bajo los escombros del Hospital General y las costureras que revelaron como heroínas anónimas las sombras de la ignominia, esta ciudad se puso de pie para rendir homenaje a los ausentes, y cobrar así conciencia de su propia transformación

To embroider the memory of the earthquake

On the 19th of September, 1985 something changed forever in the life of the inhabitants of Mexico City. Among wreckage, tears and fear, the people discovered a helping hand of their own, their fail-safe energy against an incompetent government, their generosity among death and horror. From the verses of José Emilio Pacheco and David Huerta, and the coverage of Poniatowska, Cristina Pacheco and the never-forgotten Monsiváis, to the babies that fought for their lives under the rubble of the General Hospital and the seamstresses that revealed like unknown heroes the shadows of disgrace, this city stood up to make a homage to those missing, and be aware of their own transformation.

Ricamare la memoria del tremore

Il 19 settembre 1985 qualcosa è cambiato per sempre nella vita degli abitanti di Città del Messico. Tra detriti, pianto e paura, la gente ha scoperto il proprio volto solidale, l'energia a prova di governanti inetti, la generosità in mezzo alla morte e all'orrore. Dai versi di José Emilio Pacheco e di David Huerta, ai reportajes di Poniatowska, di Cristina Pacheco, e dello scomparso Carlos Monsiváis, ai bambini che hanno combattuto per la loro vita sotto le macerie dell'Ospedale Generale, alle sarte che, come eroine anonime, hanno rivelato le ombre dell'ignominia, questa città si è alzata per rendere omaggio agli assenti e prendere, quindi, consapevolezza della propria trasformazione.

* Escritora. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, México. Profesora de la UNAM y de Middlebury College, Vermont.

A la memoria del Profesor Giuseppe Bellini,
por los amorosos puentes de palabras que tendió entre Italia y América Latina

*Con qué facilidad en los poemas de antes
hablábamos
del polvo, la ceniza, el desastre y la muerte.
Ahora que están aquí ya no hay palabras
capaces de expresar qué significan
el polvo, la ceniza, el desastre y la muerte (Pacheco 136)*

Con qué facilidad

Con qué facilidad hablábamos del polvo, la ceniza, el desastre y la muerte, dice el siempre entrañable José Emilio.

Con qué facilidad leíamos, escribíamos e imaginábamos el polvo, la ceniza, el desastre y la muerte.

Pero eso era antes.

Antes de esa mañana negra.

Antes del 19 de septiembre de 1985.

Antes.

El temblor nos dejó sin palabras.

El temblor nos dejó en carne viva.

Conmovidos.

Dolidos.

Nada volvió a ser igual.

Nadie volvió a ser el mismo.

El temblor fue una herida en la ciudad. Una herida que jamás cicatrizó.

Hace cuarenta años, la ciudad cambió para siempre.

En unos pocos segundos, la ciudad cambió para siempre.

Y los mexicanos descubrieron, descubrimos, que debajo del horror, debajo del miedo, debajo de todos los escombros, aparecía un rostro nuevo: solidario, generoso, entregado, valiente. Debajo de la muerte, bullía una vida diferente.

La naturaleza con su ceremonia del fuego nuevo fue cruel, despiadada, implacable. El dolor llega hasta hoy. Pero los muertos, con esa generosidad que sólo los muertos pueden tener, permitieron el nacimiento de un México distinto.

Hoy, hundidos en la violencia y la corrupción, rodeados de nuevos cadáveres y de nuevos dolores, a veces olvidamos los que fuimos en 1985. A veces olvidamos lo que tuvimos: una sociedad orgullosa de sí misma.

La gente sigue en la calle

Las historias de solidaridad nacidas aquella oscura mañana son lo mejor de nuestra memoria. Las cientos y cientos de personas que salieron a las calles, con el gesto desencajado de quien no puede creer lo que está viendo, pero con el paso firme de quien sabe que no hay tiempo para dudas, para titubeos, para autoconmiseraciones, constituyen una de las mejores partes de nuestra historia. En ese momento fueron por y para los otros. Fueron por y para esos otros que lo habían perdido todo. Cientos y cientos, miles de individuos (Carlos Monsiváis habla de un millón de personas) movieron escombros, salvaron vidas, rescataron cuerpos, repartieron agua, construyeron ‘hogares’ provisorios, juntaron comida, cobijas, ropa, alimentaron a niños y ancianos, arriesgaron su propia piel, por puro amor, por pura solidaridad, por pura empatía, por puro sentido de la responsabilidad, y dan origen a aquello que a partir de ese momento conocemos como ‘la sociedad civil’. El presidente los manda a su casa. «Ya se hará cargo el Estado», dice. «La sociedad civil es parte del Estado. Los llamaremos si los necesitamos». Que el presidente De la Madrid diga lo que quiera. La gente sabe lo que tiene que hacer. La gente sigue en la calle.

México vivió días de guerra, la ciudad devastada, días de heroísmo y de miseria: En lo personal – dice Mario, brigadista de la UNAM –, imaginé que la familia que estaba rescatando: un matrimonio con dos niños eran mi familia; eran los míos los que estaban allí sepultados, eran mis hijos, mi esposa y yo mismo. La impresión duró las cinco noches en que permanecí con el pico y la pala dándole a la losa. Dada la posición en que murieron se notó la solidaridad de este núcleo: la mujer abrazaba a uno de los hijos, el marido los cobijaba a los tres. Murió aplastado encima de ellos, sus brazos extendidos cubriendo los tres cuerpos. ‘Al irlos sacando entendí el significado de la familia: dar protección. Dar la propia vida’ (Poniatowska. *Nada, nadie: Las voces del temblor*: 303).

Las víctimas de siempre

Las historias de solidaridad y heroísmo anónimo se suceden. Elena Poniatowska sale, grabadora en mano, a recoger las voces de los damnificados, de las víctimas, de los brigadistas. *Nada, nadie. Las voces del temblor* es un libro de lectura obligatoria si se quiere conocer algo de lo que sucedió aquellos días. En sus páginas tienen cabida los testimonios de todos; el dolor, la tristeza y la conmoción dominan. Pero también la indignación y la crítica. De manera similar a como lo había hecho en *La noche de Tlatelolco* compone con los testimonios el mural más completo de aquellos días de solidaridad y espanto. Con las

voces de quienes le cuentan su historia, teje con excepcional maestría un relato coral que se va publicando diariamente en los días posteriores al temblor en el periódico *La Jornada* que, en ese momento, estaba cumpliendo un año de vida. Posteriormente, en 1988, reunirá esas crónicas y las publicará como libro en la Editorial Era.

En sus páginas queda claro que los derrumbes y sus muertos son producto no sólo de los 8.5 grados en la escala de Richter, sino también y sobre todo de la corrupción.

el heroísmo de los brigadistas [...] que convirtieron su tragedia en un acto de amor a los demás, las víctimas de siempre, como lo dijo en *La Jornada* Hermann Bellinghausen, las ‘víctimas del fenomenal engaño llamado ciudad de México, que perpetraron al alimón constructores privados y representantes gubernamentales. La corrupción no somos todos, son sólo ellos, los que están por cumplir un siglo de rapiña, especulación y despojo’ (303).

Los corruptos son los de siempre. Las víctimas, también.

“No les pedimos un viaje a la luna”

Uno de los escenarios de la corrupción que quedaron en evidencia fue el de los talleres de costura. Los datos de la época son escalofriantes: decenas de miles de mujeres trabajaban en maquiladoras, muchas de ellas clandestinas, sin prestaciones de ningún tipo, con sueldos bajísimos, sin Seguro Social, en condiciones insalubres. Muchas de ellas estaban sentadas más de diez horas diarias ante la máquina de coser sin percibir ni siquiera el salario mínimo, y además se llevaban trabajo a casa para hacer a destajo y ganar algo más de dinero. La mayor parte de los talleres estaba en el centro de la ciudad; las calles de San Antonio Abad, José María Izazaga, Mesones, Pino Suárez, Lorenzo Boturini, son los sitios de la ignominia.

Como dice Elena Poniatowska: «Si el primer empleo de las mujeres pobres en nuestro país es el del servicio doméstico, el segundo es el de la costura» (143). La pobreza, los hijos, la lucha cotidiana, les permiten crear alianzas, complicidades. Frente a ellas, están los dueños de las fábricas que se desentenden de sus responsabilidades laborales: «el jefe de personal alegó que los terremotos son actos de Dios, o sea casos fortuitos o de fuerza mayor contra los que nadie puede. ¿Por lo tanto cómo le vamos a cobrar al dueño? ¿A poco él mandó el temblor? ¿A poco él tiró el edificio?» (151).

Se dice que por lo menos ochocientas de estas trabajadoras quedaron sepultadas bajo los escombros. En muchos casos, la negligencia de los dueños de las



1. Monumento en la calle José Manuel Othón 160 que recuerda a las costureras pericidas bajo los escombros.

fábricas fue la culpable de las muertes. Hubo quienes no dejaron salir a sus empleadas durante el temblor, o quienes prefirieron salvar las maquinarias y no a las mujeres cuyos gemidos se escucharon durante varios días. Algunas de ellas cuentan que el ejército sacó antes las cajas fuertes que los cuerpos de las víctimas.

En la calle José Manuel Othón 160 estaba una de las maquiladoras más grandes. En su lugar fue construida una pequeña unidad habitacional en la que un monumento recuerda a las costureras que murieron bajo los escombros.

La situación de las más de setenta mil costureras era crítica: cuarenta mil se quedaron sin empleo debido al sismo y en estado de indefensión, ya que alrededor del cincuenta por ciento de la producción se hacía en talleres clandestinos.

Decidieron entonces instalar un campamento sobre Calzada de Tlalpan fundamentalmente para ayudar a las compañeras y a sus familias. Juntaban ropa y comida, apoyaban a quienes llegaban desesperados buscando a sus seres queridos. En pocos días percibieron que el suyo era un problema que iba más allá de lo personal; era realmente un problema político. Las demandas eran pocas y claras: la organización de un sindicato que fuera independiente de las

grandes centrales sindicales vinculadas al gobierno, la defensa de los puestos de trabajo y las indemnizaciones.

Se conformó entonces el Sindicato Nacional de Trabajadoras de la Industria de la Costura, Confección, Vestido, Similares y Conexos 19 de Septiembre que obtuvo su registro el 21 de octubre de ese año. El sindicato logró agrupar a más de cinco mil trabajadoras, consiguió miles de indemnizaciones para las víctimas y el contrato colectivo con ochenta y cinco fábricas (*La izquierda diario*). Pero sobre todo hizo que las costureras se convirtieran en un referente ético para la sociedad mexicana.

De la tragedia viene la esperanza y es así como nació el movimiento de costureras del 19 de septiembre, el cual se dice que es el primer movimiento laboral en México dirigido por mujeres. Entre ellas se encontraba Concepción Guerrero Flores y Evangelina Corona Cadena, esta última fue diputada federal en la LV Legislatura (1991-1994). La palabra explotación no existía en mi vocabulario, antes del terremoto del 19 de septiembre yo no tenía conciencia de explotación o no explotación. El 85 fue para mí un antes y un después en mi vida (Toral).

Evangelina Corona cuenta su historia de conciencia y lucha, con el acompañamiento en la escritura de la periodista Patricia Vega, en *Contar las cosas como fueron*¹. ‘Doña Eva’, como la llaman todos, no se imaginó al ver caído el edificio de la fábrica en la que trabajaba, todo lo que aquello transformaría en su vida. Sus compañeras recuerdan el momento en que habló frente al entonces presidente Miguel de la Madrid y, sin tapujos y sabedora de la verdad, lo contradijo: «No, señor Presidente, así como usted las dice, así no fueron las cosas».

A pesar de la dureza de sus condiciones, ni Evangelina ni sus compañeras de trabajo sabían lo que era la explotación laboral. [...] Si no hubiera ocurrido el terremoto seguiría yo muy campante, conforme con que me dieran trabajo. Pero el salto que me hizo dar esa tragedia fue mayúsculo’. Evangelina, quien abrazaba a su patrón apenas lo veía, descubrió lo que era reclamar y sin planearlo se convirtió casi de un día al otro en jefa de sindicato. Nunca se preguntó qué patrón la contrataría después si se convertía en dirigente sindical. Ella exigió una indemnización más justa para las costureras. Entre los escombros, quedó su ingenuidad y el abrazo al patrón (Poniatowska. “Las memorias de una costurera”: s.p.).

«No les pedimos un viaje a la luna. Simplemente nos estamos abocando a lo que marca la ley, un peso más no le estamos pidiendo a ningún patrón», decía Guadalupe Conde, otra de las costureras vuelta dirigente sindical, frente a la

¹ El libro está en línea y es de descarga gratuita.

cámara de la documentalista Maricarmen de Lara, en una protesta ante la Secretaría de Trabajo. De ahí nació el documental “No les pedimos un viaje a la luna” que fue estrenado en 1986, con guión de la propia De Lara y María Eugenia Tamez, y que ganara el Premio Ariel al Mejor Mediometraje Documental.

Entre Lucha y Victoria

Como muchos, recuerdo a las costureras cosiendo muñecas en los campamentos ‘instalados’ en Calzada de Tlalpan. La venta de estas muñecas fue una forma de ayudarse económicamente, a la vez que hacían conciencia en la sociedad sobre la problemática del sector.

Cuenta Evangelina Corona en su libro:

Por eso, al principio sólo había dos modelos de muñecas: Lucha, que era una muñeca alta y flaca porque no comía, no dormía, y como vivía mal (tanto en el aspecto económico como en el de salud, trabajo, atención y amor) estaba en lucha para vencer esos obstáculos, y Victoria, que era una muñeca gordita porque ya comía bien, ya estaba tranquila, ya no la oprimía un patrón, ya se había organizado con otras compañeras y había mejorado sus condiciones de vida (89).

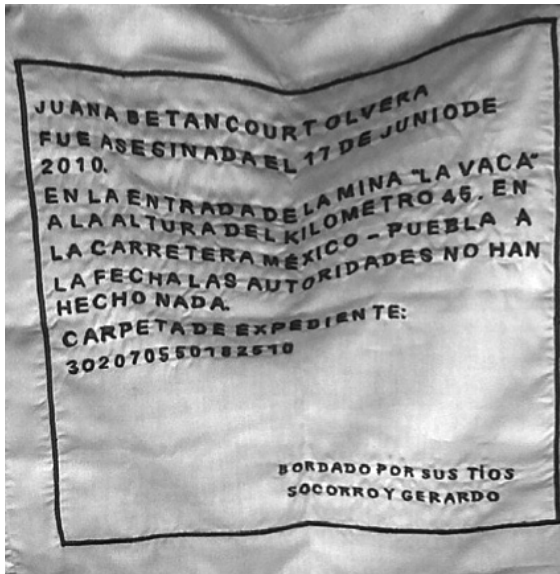
Las muñecas se compraban con una cooperación voluntaria y fueron durante mucho tiempo una ‘carta de presentación’ de la cooperativa creada por las costureras, incluso en reuniones celebradas en el extranjero. Al poco tiempo, un grupo importante de artistas visuales, solidarizándose con esta lucha, aportó sus propios diseños. Cada una de las alrededor de trescientas muñecas realizadas de este modo se volvió un objeto artístico prácticamente único.

El Museo de Arte Carrillo Gil organizó varias exposiciones y venta de estas piezas a partir de 1985 y a lo largo de cinco años. Colaboraron con ellas artistas de la talla de Vicente Rojo, Helen Escobedo, Arnold Belkin, Francisco Toledo, Marta Chapa, Lourdes Almeida y Rogelio Naranjo, entre otros.

Vicente Rojo lo cuenta así:

No me acuerdo bien cómo se organizó, pero sí me acuerdo muy bien de la relación con las costureras, el gusto, la ilusión que les daba ver los proyectos. Yo les daba unos *gouaches* a color y ellas se daban el gusto de encontrar las telas que correspondían a ese color, a esas imágenes. Eso me alegraba porque el diseño era mío o de los otros artistas, pero ellas ponían la parte más conmovedora.

¿Qué pasa con las costureras a más de cuarenta años después del temblor? Ellas mismas dicen estar viviendo una situación tan mala como la que se desarrolló en 1985. La industria se encuentra en crisis debido sobre todo a la compe-



2. Nombres de desaparecidos.



3. Su guerra, nuestros muertos.



4. Su guerra, nuestros muertos.

tencia que representan los productos que entran de Asia que pagan muy pocos aranceles. El Instituto Nacional de Estadística y Geografía reconoce que el grueso del aparato laboral pertenece en este momento al sector informal. Aun aquellas costureras que tienen un puesto fijo completan sus escuálidos salarios con trabajo a destajo. El perfil social es el mismo que hace cuatro décadas: «aún son mujeres inmigrantes en su propio país, madres solteras y con la primaria a medias. Las marca una disyuntiva: ser trabajadoras domésticas o costureras» (“Las costureras del 19 de septiembre sufren olvido y pobreza”; s.p.).

Bordar la memoria

Hoy, en 2016, cuando camino un domingo por la Alameda Central, o por el zocalito de Coyoacán, o por el Parque de los Venados, suelo encontrar grupos de personas, mayoritariamente mujeres, que bordan. Sí, bordan: en grupo, mientras conversan, ríen, comparten un trago de refresco o alguna galleta; mientras los niños corren alrededor y los perros se acercan a husmear. Bordan con hilos de colores sobre trozos de tela blanca. Bordan nombres, historias, relatos; algunos dibujos, alguna mancha roja, quizás de sangre. Bordan la memoria.

Hoy, en 2016, los mexicanos bordan la memoria del horror: los miles de desaparecidos, de desplazados, de asesinados. Bordan las historias que el discurso oficial quisiera borrar: nombres, fechas, lugares.

Imposible no pensar, al ver estos bordados, en la tradición de las bordadoras indígenas que siempre dejan un espacio, por muy pequeño que sea, para contar algo de su propia historia en los huipiles. Los bordados mexicanos hablan desde hace siglos de manera sutil y fascinante de la vida de nuestras mujeres. Hoy hablan del horror. Hoy siguen siendo – como las muñecas de las entrañables costureras que cambiaron para siempre el significado del temblor de aquel 19 de septiembre – nuestra memoria.

Coda dolorosa

Cierro este recuerdo a las costureras y a toda maravillosa gente que cambió para siempre el rostro de México en 1985, pocos días después del terremoto del 24 de agosto de 2016 que en el centro de Italia dejó más de trescientos muertos y miles de damnificados. Las historias continúan. El dolor cruza fronteras y océanos. Estas líneas quieren ser también un modo de darles un abrazo solidario a todos los italianos.

Bibliografía citada

Pacheco, José Emilio. *Miro la tierra*. México: Era. 1986.

Poniatowska, Elena. *Nada, nadie: las voces del temblor*. México: Era. 1988.

Sitografía

La izquierda diario: http://www.laizquierdadiario.com/No-pedimos-un-viaje-a-la-luna-la-lucha-de-las-costureras-en-el-terremoto-de-1985?id_rubrique=2653 (consultado en agosto de 2016).

“Las costureras del 19 de septiembre sufren olvido y pobreza”. *Sin Embargo*: <http://www.sinembargo.mx/20-09-2015/1491773> (consultado en agosto de 2016).

Monsiváis, Carlos. “No sin nosotros”: <http://www.proceso.com.mx/228892/no-sin-nosotros-los-dias-del-terremoto-1985-2005-por-carlos-monsivais> (consultado en agosto de 2016).

“No les pedimos un viaje a la luna” (1986): https://www.youtube.com/watch?v=1pk6pZAJ8_8 (consultado en agosto de 2016).

Poniatowska, Elena. “Las memorias de una costurera: Evangelina Corona”: <http://www.jornada.unam.mx/2008/05/11/index.php?section=cultura&article=a06a1cul> (consultado en agosto de 2016).

Toral, Alejandro: <http://lopezdoriga.com/nacional/mas-de-mil-costureras-murieron-atrapadas-en-el-terremoto-del-85/> (consultado en agosto de 2016).

Vega, Patricia en *Contar las cosas como fueron*. DEMAC, Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.: <http://demac.org.mx/wp-content/uploads/2015/09/CONTAR-LAS-COSAS-COMO-FUERON.pdf> (consultado en agosto de 2016).

“Vicente Rojo solidario con las costureras”. *El Universal*: <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/cultura/artes-visuales/2015/09/14/vicente-rojo-solidario-con-las-costureras> (consultado en agosto de 2016).